LOS PRÍNCIPES
DE ACAYA

Pinerolo, Agosto de 1883.

Tiempo hacía que deseaba visitar aquel palacio cuyas rosadas almenas veía diariamente al otro lado de los pinos y los cedros que crecen en el jardín de la bella marquesa de Durazzo. Un edificio realmente singular, cuyo conjunto no podía abarcar de una sola mirada, cualquiera que fuese el punto desde el cual lo contemplara; coronado de bizarras almenas que le comunican toda la fisonomía de castillo teatral; cargado de siglos y pintado recientemente y que por lo mismo ofrece el triste aspecto de un cadáver arrebolado; y por fin y remate escondido en un solitario rincón de Pinerolo, en medio de humildes casuchas y de pendientes callejuelas llenas de gran-

des pedruscos y surcadas por anchos y sonoros arroyuelos. Nunca había visto en sus alrededores más que chicuelos descalzos, bandadas de polluelos y uno que otro viejo soñoliento, acurrucado junto á una puerta, que sabía tanto de las gentes que en otro tiempo habían vivido entre aquellas paredes como la verde hierba que crecía entre sus pies. — ¿Qué diablos se encerrará allí? — me preguntaba, con frecuencia. Cierta mañana, discurriendo á lo largo de uno de sus muros misteriosos, parecióme oir un rumorcillo de voces plañideras, semejante á una súplica de ánimas en pena; y una noche, asomándome á la terraza de una quinta cercana, pude ver á la luz de la luna, en el tenebroso jardín del palacio, una monja de arrogante figura deslizándose como un espectro por en medio de las plantas: — la imagen de un cuento de Boccaccio. — No se necesitaba más para excitar la curiosidad del más desatinado enemigo de ruinas ilustres.

* * *

No estaría además en lo justo si callara que en la susodicha curiosidad entraba por mucho un sentimiento de simpatía en favor de los príncipes de Acaya. Simpatía, digo, nótese bien, y no entusiasmo. Ni fueron grandes, ni tal vez pudieron serlo. En aquella afortunada labor, no menos diplomática que guerrera de la casa de Saboya, la parte principal, como fácilmente se deja comprender, correspondía á los condes, sus señores, que disponían de mayores fuerzas y se hallaban establecidos en lugares más seguros que las tierras de los príncipes. Aun prescindiendo del conde Verde y del conde Rojo, que fueron hombres de su tiempo, habrían bastado para oscurecer á los Acaya la gloria de Amadeo el Grande, que

les precedió, y la fama de Amadeo VIII, que vino en pos de ellos.

Y sin embargo, no fueron indignos de ser admirados. Establecidos en un territorio de fronteras mal determinadas, rodeado de municipios turbulentos y de señores cuya única preocupación era la conquista; colocados, respecto de los condes saboyardos, en una condición que, si bien les favorecía en los asuntos arduos por el valioso apoyo que les prestaban, les perjudicaba no poco, por lo mismo que coartaba de mil maneras su libertad política; incesantemente constreñidos á habérselas con enemigos más poderosos que ellos, por medio de alianzas y convenios, rotos, reanudados, falseados y violados de continuo; condenados á pelear casi sin descanso con los marqueses de Saluzzo y de Monferrato, con los Angevinos y los Visconti, en un país empobrecido por el desenfreno de la soldadesca mercenaria; cohibidos en el gobierno por las innumerables dificultades y los desórdenes incesantes que nacían de la falta de un código general de leyes y de la deficiencia de los Estatutos de todas y cada una de las municipalidades; á fuerza de sagacidad y de constancia, ora por medio de matrimonios y enlaces oportunamente concertados, ora con empresas atrevidas, y casi siempre por medio del valor personal, consiguieron unos acrecentar su poder, otros consolidarlo, y dejar todos expedito á la casa de Saboya el camino de la conquista para lo porvenir. Sí, lo consiguieron, y es éste su mejor timbre de gloria, conservando íntegra la fama de la lealtad que podía alcanzarse en aquellos tiempos y entre tales enemigos, sin mancharse con horrendos crímenes en una época en la cual eran contados los príncipes que tenían las manos limpias de sangre; sin oprimir desmesuradamente á sus súbditos y antes bien librando á los municipios de la

mayor parte de la pesada carga de los derechos feudales, y gobernando de tal manera, aun en medio de las turbulencias y de las guerras, que en la mente del pueblo, que les era devoto, no por temor sino por afecto, iba unida á sus nombres una idea de magnanimidad y de justicia que le comunicaba fuerza en las situaciones difíciles y le servía de consuelo en la miseria y en las adversidades.

Con excepción de Jacobo, alternativamente débil, imprudente y temeroso en sus relaciones con Amadeo VI, pero de ningún modo malvado, todos los demás, educados en la corte de Saboya, y en sus primeros años compañeros de armas de los condes, dejaron un nombre ilustre y amado. Felipe fué hábil político y valiente capitán; Amadeo, soldado valeroso y príncipe prudente; Ludovico, de ánimo gentil, nada inepto para la guerra y fundador y protector de los estudios en cuanto lo consentía el tiempo en que vivió. Y hasta despierta no sé qué sentimiento de simpatía y de singular curiosidad, la circunstancia de haber pasado envueltos, casi perdidos, si así puede decirse, en la gloria de sus parientes, nada más que cuatro en el transcurso de más de un siglo, en una edad tan remota, en una tierra casi bárbara respecto de otras muchas de Italia, sin que los celebraran los cronistas, ni les cantaran los poetas; sin dejar en pos de sí otra cosa más que escasísimos documentos escritos en un latín macarrónico; sin un solo recuerdo vivo personal, ni siquiera las piedras ni el polvo de sus sepulcros, á lo cual debe agregarse algo de extraño y romancesco que comunica á sus nombres aquel título de un principado lejano, jamás poseído y siempre deseado, que durante cien años vislumbraron en sueños, como alentadora promesa de un país de hadas.

* * *

Fácilmente puede comprenderse, después de lo dicho, que fué motivo de grandísima satisfacción para toda la comitiva vernos delante de la puerta, abierta de par en par, dispuesto á recibirnos, al obsequioso é ilustrado canónigo Chiabrandi, director del Hospicio de los Catecúmenos. Porque debe saberse que el palacio de los Acaya, después de haber sido propiedad privada durante algún tiempo, sirve ahora de asilo y escuela á los jóvenes valdenses de los valles cercanos, varones y hembras, que desean convertirse al catolicismo... ó pasar un invierno á cubierto.

¡Pero qué decepción la nuestra en cuanto penetramos en el patio!

No es posible dar una idea de la devastación horrenda que bajo el nombre de restauración artística ha sufrido aquella casa. El estrago es tal, que el primer sentimiento que su vista despierta en el ánimo es el deseo de tener al alcance de la mano á cuantos realizaron ó permitieron realizar aquella incalificable profanación, aun cuando se contara entre ellos algún duque encopetado, para darles á todos, en nombre de la historia, del arte, de la poesía y de la patria, una carrera de baquetas de aquellas que no dejan ganas de volverlo á hacer.

El palacio, que fundado en el 1318, cuenta por consiguiente seis siglos, podría juzgarse construído hace sólo seis años. Destruído aquí, allí reedificado, agregarónsele en unas partes aditamentos ridículos, con infelices imitaciones de lo antiguo; los muros han sido revocados y cubiertos después de un rabioso color de tomate cocido, sobre el cual se imitaron adobes, como en las casillas de los jardines, de mal gusto; en el interior todo está destruído y deformado, para dar lugar á la construcción de nuevas escaleras; las galerías altas tapizadas, las salas divididas por medio de tabiques; las paredes que tuvieron pinturas han sido cubiertas con una mano de cal; la torre, que se elevaba buena pieza encima de los tejados, ha sido desmochada sin piedad; en suma, una ruina que no tiene nombre. Las sombras de los marqueses subalpinos, desposeídos, deben venir á reirse lo menos una vez al mes.

El palacio afecta, de poco tiempo acá, la forma de un bidente rectilíneo, cuya abertura mira al Monviso, con un pequeño patio en medio y un reducido jardín delante. Los tres cuerpos del edificio tienen distinta elevación. Lo único que á primera vista conserva apariencia de antigüedad se halla en el piso bajo, y consiste en un reducido pórtico formado por tres arcos rasgados, sobre los cuales avanza una pequeña tribuna, en cuyo pretil apean ligeras columnitas que sostienen un tejadillo con alero muy pronunciado, hallándose cerrados con espesas celosías los espacios existentes entre una y otra columnita.

Pero ¿quién es capaz de decir cuáles fueron la forma y las dimensiones del palacio en el siglo XIV? Nadie absolutamente; porque aun cuando se sepa que en él vivían apretados, y aun admitiendo que del palacio formara parte un pequeño edificio que junto al mismo se levanta, en cuyas ventanas se conservan el dibujo y los caracteres extrínsecos